

SECUESTRO

UNA AVENTURA DE ACCIÓN Y SUSPENSE DE MAX CORNELL



ADRIÁN Y MIGUEL

ARAGÓN

Max Cornell ha recibido un nuevo encargo de la SCLI. En esta ocasión los miembros del equipo deberán dispersarse por los cinco continentes en búsqueda de sus objetivos: sicarios tan expertos en el arte de la guerra como ellos. La integridad de la capital inglesa está en juego. Todo va bien hasta que uno de los objetivos se resiste a aceptar su destino. A cambio de su vida, ofrece información: detalles sobre la muerte de Arcángel que Max no podrá ignorar. Las consecuencias de estos nuevos datos son imprevisibles.

SECUESTRO

Adrián y Miguel Aragón

Capítulo 1

¡Costa Rica es un paraíso! Así lo decía la publicidad, así se veía en los folletos y en las fotografías. De hecho, Naveen Jarrah, originario de Irán, que conocía la mayor parte del planeta por cuestiones de trabajo, jamás encontró un lugar cuya realidad se correspondiera de manera tan precisa con lo que se decía de él. Sin embargo, el país presentaba un ligero problema para Naveen: el aburrimiento.

Había visitado las plantaciones de café, había probado la infusión y la había disfrutado. Los demás hacían lo posible por no mirarlo con insistencia, pero su aspecto no resultaba muy popular. Su tez morena, los grandes ojos almendrados y de espesas pestañas negras, el pelo largo y ondulado, tan negro como la noche, y la nariz aguileña delataban su origen árabe. Y los árabes no estaban de moda precisamente.

Renunció a pasar un día entero en un parque de turismo de aventura. Si las familias con niños lo veían trepar, deslizarse, saltar y rodar por el suelo con su destreza militar, su escondite quedaría al descubierto. Por eso se encerró en el hotel más exclusivo de bahía Papagayo. Un Four Seasons en donde nadie lo miraba. Todas las grandes fortunas ocultaban secretos oscuros, y ninguna de ellas deseaba que los suyos salieran a la luz, de modo que los buenos modales y la frialdad hacían las veces de escudo protector para todos los huéspedes.

Naveen entrenaba a diario en el gimnasio del hotel. Estuviera o no de vacaciones, su cuerpo era su herramienta

de trabajo y debía mantenerlo a punto. Habría preferido correr al aire libre, pero, de nuevo, se lo impedía su deseo de no llamar la atención. Cuando terminaba su sesión de fuerza se dirigía a la piscina. Nadar lo relajaba. El problema era que llevaba dos semanas allí. No podía relajarse más. Necesitaba algún tipo de aliciente.

Había intentado leer, pero él era un hombre de acción. Se entretuvo recorriendo las instalaciones, buscando puntos flacos en la seguridad del perímetro del hotel. Eran tantos que, durante las primeras dos horas de su pequeño juego particular, ideó al menos diez maneras de asaltar el edificio. Por supuesto, no se le ocurriría llevar a cabo ninguna de ellas.

Estuvo a punto de perder absolutamente la paciencia cuando reparó en la mujer oriental.

Había pasado tanto tiempo obsesionado con lo penosa de su situación que no se daba cuenta de que no era el único huésped solitario, y por tanto, sospechoso, de aquel hotel de lujo.

De inmediato abandonó el estudio del edificio y se dedicó a averiguar qué hacía allí sola aquella mujer. A simple vista parecía frágil. Su pequeña estatura y delgadez casi extrema daban esa impresión. Pero la realidad era muy distinta. Desde la distancia, Naveen se fijó en que los brazos de la mujercita no presentaban las mismas formas suaves y redondeadas de las esposas o las amantes de hombres ricos. Los hombros bien torneados, los bíceps fibrosos y unos tríceps bien definidos quedaban disimulados por blusas y vestidos vaporosos, pero estaban ahí.

El iraní continuó con su ejercicio de deducción. Aquella mujer no era japonesa. Sus movimientos resultaban demasiado bruscos. Tampoco provenía de Corea. Sin duda era de nacionalidad china. El flequillo recto sobre sus ojos rasgados hablaba de cierta adecuación a los valores tradicionales y familiares, pero... viajaba sola.

Había dos cosas que llamaban la atención de Naveen. En primer lugar, no haberse encontrado con ella en el gimnasio o la piscina. Su forma física, incluso bajo la ropa extrafemenina que llevaba, requería de un mantenimiento tan exigente como el que él mismo practicaba. En segundo lugar, el hecho de que llevase a cabo rituales de seguridad que para él eran mucho más que familiares.

Cada vez que entraba en una habitación, la mujer trataba de identificar las salidas más cercanas, localizaba las cámaras de seguridad y se colocaba de manera que ninguna de ellas pudiera tomar una imagen de su cara. Contaba a las personas que había en cada estancia y siempre se mantenía de espaldas a una pared. Así nadie podría tomarla por sorpresa. Fuera quien fuera, conocía las claves básicas de su trabajo, sin embargo, era torpe. Cualquier compañero de profesión, como él mismo, se daría cuenta de a qué se dedicaba. Un asesino a sueldo pierde todo su valor cuando es reconocido.

De todas formas, a Naveen le parecía una mujer atractiva. No había muchas en su profesión. Y eran todavía menos las que no lo pusieran nervioso. Cuando se trataba de acercarse a ellas, siempre estaba tenso. No por la relación personal o por inseguridad, sino porque nunca sabía si el interés en él era genuino o se debía a alguna misión. Dado que la mujer china ni siquiera parecía haberse fijado en su presencia, ese detalle quedaba fuera de la ecuación para él.

Tardó otro par de días en abordarla. Durante el primero se aseguró de que todo lo que había deducido fuese cierto. Y lo era. La mujer seguía a un empresario estadounidense. Era buena. Al menos lo suficiente para que aquel yanqui estúpido no se diera cuenta de que llevaba una lapa pegada a él las veinticuatro horas. Si el hombre salía del hotel, la mujer desaparecía tras él. El segundo día, el desaparecido fue el estadounidense. Cuando Naveen no lo vio en el bufé del desayuno supo exactamente lo que había sucedido. Y eso le hizo decidirse. Si iba a aburrirse en un hotel hasta

que el peligro pasara en Europa, mejor hacerlo acompañado.

El bar del Four Seasons era un local amplio en donde abundaban la luz indirecta y las maderas nobles. El tono de voz de los huéspedes se mantenía siempre en niveles de exquisita cortesía, y la música ambiente sonaba a un volumen perfecto. Por una parte evitaba los ruidos desagradables, y por otra permitía conversaciones casuales.

La mujer que le interesaba se había sentado en una mesa para cuatro, de espaldas a la pared. Dominaba toda la superficie del bar y tenía una buena vista de las grandes cristaleras que mostraban el paisaje exterior. Un jardín de plantas exuberantes. Una especie de miniatura de lo que se podía encontrar en cualquier parte del país: grandes hojas verdes, flores de vistosos colores y pájaros igualmente coloridos.

—¿Te importa que me siente contigo? —preguntó en un inglés perfecto. Suponía que su compañera dominaría varios idiomas, pero el inglés le pareció la opción menos evidente. Al fin y al cabo, se trataba de la lengua internacional por excelencia.

Ella entornó los ojos, dio un sorbo a su bebida anaranjada a través de una elegante pajita que también le sirvió para removerla antes de contestar.

—Adelante.

Naveen sonrió y los ojos le brillaron. Ella lo inspeccionó de arriba abajo. De nuevo, una buena práctica, pero llevada a cabo de una manera un poco torpe. Se cuidaría mucho de decírselo, no obstante.

—Mi nombre es Naveen. Sonará raro, pero me mandan desde los Emiratos. Al parecer, el café arábigo ya no es suficiente.

Sonrió como sabía que hacían los comerciales. Mostró así unos dientes blancos perfectos que obtuvieron inmediatamente la recompensa esperada: una sonrisa de aquella mujer morena tan contradictoria.

—Yo soy asesina a sueldo.

Naveen se rio demasiado alto para el local en el que estaban. Uno de los huéspedes levantó la mirada del periódico que leía. Una edición internacional del *Times*. Desde luego, la mujer tenía coraje. Escondarse a plena luz era una táctica tan buena como otra cualquiera. Además, se lo había dicho con un tono de absoluta frivolidad.

—Espero que eso sea rotundamente falso. Me temo que un vendedor de café no pueda estar a la altura de una sicaria internacional.

—Supongo que eso depende del vendedor de café.

La mujer no le quitaba los ojos de encima. Eso era buena señal. Naveen estaba acostumbrado a llamar la atención, y le gustaba. Además, que ella no se diera cuenta de su doble juego le añadía a la situación cierto interés extra.

—¿Qué estás bebiendo? Te invito otro.

—Solo es zumo de naranja. Pero acepto tu invitación.

Naveen no llamó al camarero. Prefirió acercarse a la barra para dar oportunidad a la desconocida de admirar su musculatura y su elegancia. Pidió la bebida y se dispuso a volver a la mesa. Pero para entonces la mujer ya no estaba allí. Se había levantado y se dirigía a una de las salidas. Aquello sí que le pilló completamente desprevenido.

No gritó para detenerla. Se dio cuenta de que, de hecho, ella no le había dado su nombre. De todas formas, apretó el paso y la alcanzó ya cerca de la puerta.

—¿A ti te parece que esta es manera de terminar una conversación?

Ella le clavó los ojos rasgados en los suyos, con forma de almendra, y se pasó la lengua por los labios antes de continuar.

—Diría que es una buena manera de empezarla, Naveen.

A él le gustó el giro que tomaban los acontecimientos.

—Me llamo Mei.

Capítulo 2

—Encantado de conocerte, Mei. Por un momento he pensado que huías de mí.

Mei sonrió.

—No creo que ninguna mujer haya huido nunca de ti.

Él descartó de un plumazo la imagen de algunos objetivos a los que tuvo que liquidar en el pasado. No todos habían sido hombres. Algunas de esas mujeres habrían agradecido, de hecho, la oportunidad de escapar.

—Eres muy amable.

—¿Sabes? —Mei volvió a la carga—. Llevo dos semanas aquí. Casi nunca trabajo sola. En realidad somos un equipo. Y ya pensaba que este viaje iba a ser un fracaso absoluto. Pero aquí estás. Se puede decir que soy una chica con suerte.

—Pues creo que yo puedo decir lo mismo.

—¿Qué eres una chica?

—No. Que tengo mucha suerte.

Naveen se dobló sobre sí mismo y trató de besar a Mei, pero ella alzó la mano y lo detuvo.

—Lo siento mucho, pero no. Tengo una reputación que mantener. Vengo a este hotel con cierta frecuencia y no puedo permitir que haya rumores. Los costarricenses son muy discretos, pero no se puede decir lo mismo de todos los huéspedes.

Mei acompañó su discurso con un encogimiento de hombros y una nueva sonrisa.

—Lo entiendo.

De hecho, él lo entendía. Una mujer como ella no podía permitirse ninguna debilidad. Al menos ninguna que conociera. Le caía bien y le habría gustado hablarle de sus torpezas en cuanto a la seguridad. Quizá lo hiciera si finalmente intimaban lo suficiente.

—Estoy en la 67. Subiré en ascensor. Tú puedes beberte el zumo de naranja. Tómate tu tiempo. Unos cinco o diez minutos bastarán. Quiero ponerme cómoda.

Naveen no acostumbraba a encontrarse con mujeres tan francas, pero lo agradeció. Al final ambos se parecían más de lo que él supuso. Extendió la mano para estrechar la de ella como si acabasen de realizar una transacción de negocios. Al fin y al cabo, aquello era lo que acababa de suceder en realidad.

Mei caminó con gracia hacia los ascensores. Llevaba unas sandalias de tacón alto que se quitó en cuanto las puertas se cerraron, dejando a su objetivo en el bar. Detestaba ese tipo de disfraces. Le parecía humillante tener que fingir que era menos hábil o menos inteligente que un hombre, pero la misión mandaba. Llevaba dos semanas fingiendo torpeza para llegar al momento exacto en el que se encontraba. Los hombres como Naveen ni siquiera pensaban en la posibilidad de que una mujer pudiera ser más inteligente que ellos. En fin, no era culpa suya. Sonrió tanto que casi le dolían los músculos de las mejillas.

Cuando llegó a su cuarto comprobó que lo más importante estaba preparado exactamente en el lugar preciso. De un vistazo aprobó lo que veía y se quitó el vestido ligero por encima de la cabeza. Lo hizo una bola y lo tiró en el armario. En el baño la esperaban sus botas del Ejército chino, unos pantalones ceñidos pero cómodos, y una camiseta de tirantes. Se recogió la larga melena en una cola de caballo que enrolló en un rodete para que Naveen Jarrah no pudiera utilizar su pelo en contra suya. Luego volvió a la habitación. Le llevó mucho menos de diez minutos retirar todo lo que no necesitaba de en medio. En realidad, si lo

hubiera hecho un poco más despacio ya tendría la maleta preparada para abandonar el hotel en cuanto acabara con su misión.

—Lástima que tenga que quedarme un poco más. Odio estar de vacaciones —pensó en voz alta.

Empleó el tiempo que le sobró en realizar dos tipos de ejercicios: calentamiento para sus músculos, que había seguido entrenando en su propio cuarto para que el otro asesino no la descubriera, y meditación para limpiar su mente de distracciones. Tal como le informó al hombre, hacía tiempo que no trabajaba sola. Estaba encantada de acabar con el periodo de calma que había supuesto trabajar con Max. Ser su experta en comunicación tenía muchas ventajas, pero echaba de menos la acción.

Comprobó de nuevo que todo estaba en su sitio y apagó las luces. Las cortinas opacas no ofrecían una oscuridad total, pero él se desorientaría lo suficiente. Se colocó frente a la puerta y esperó. La llamada con los nudillos no se hizo aguardar.

—Está abierto —contestó.

A continuación Naveen se adentró en la penumbra con paso confiado. Su entrenamiento lo puso en guardia de inmediato, pero no pudo esquivar la primera patada de Mei, directa a su barbilla. Un chorro de sangre salpicó la pared.

—Lo siento —dijo ella—. De verdad que lo siento. Tienes unos dientes preciosos.

No detuvo su ataque mientras hablaba. Al contrario. Su segunda patada se dirigió al pecho del objetivo, que se dobló sobre sí mismo igual como había hecho al tratar de besarla unos minutos antes. El aire escapó de sus pulmones con un quejido, pero la fuerza de Mei no fue suficiente para derribarlo. Por eso ella entrelazó las manos y lo golpeó en la nuca.

Entonces sí, Jarrah cayó sobre sus propias manos, extendidas en un movimiento reflejo.

Mei saltó sobre su espalda, esquivando la zancadilla con que él trató de defenderse. Ella no esperaba menos. Naveen era uno de los asesinos mejor pagados de la profesión. Esas cosas no pasaban por casualidad. Estaba bien entrenado, tenía buena capacidad de reacción y mucha más fuerza que una mujer que no alcanzaba el metro sesenta de estatura.

No se sentó sobre su espalda, sino que se puso de rodillas sobre él. Las botas añadían algunos kilos más de peso. Agarró los rizos negros de Jarrah con una mano mientras le inyectaba un sedante con la otra. Mei no se relajó hasta que el cuerpo de su oponente no estuvo completamente relajado. La pelea le había sabido a muy poco.

—Tres años como informática y me ventilo el primer trabajo de campo en dos minutos y medio. No hay derecho —dijo.

Ni siquiera llegó a sudar, pero se pasó el antebrazo por la frente de todos modos. El trabajo pesado no había hecho más que empezar.

En primer lugar levantó el cuerpo de Jarrah y lo tendió sobre la cama. Después sacó las esposas y dejó al descubierto los soportes de metal cromado que hizo instalar en el suelo, junto a las esquinas.

—Es increíble hasta qué punto los hoteles de lujo cuentan con dispositivos para las «necesidades especiales» de sus clientes. Al parecer, esposar personas a la cama de manera segura no era una práctica tan extraña como cabría esperar. A Mei ni siquiera se le había ocurrido que aquellas barras estarían allí. Iba a instalar unas ella misma, pero no fue necesario. Esposó a Naveen a las argollas que coronaban cada uno de los barrotes y se puso unos auriculares.

—Jefe, esto está listo. Ahora solo hay que limpiar y darle el toque final, pero por aquí está todo bajo control.

—¿Tú estás bien? —contestó Max al otro lado.

—Esperaba que opusiera más resistencia, la verdad. Si este es el nivel medio de los profesionales mejor cualifica-

dos, estamos perdiendo dinero trabajando para la SCLI.

A través de los auriculares Mei oyó una risa sofocada.

—A veces te pones muy insoportable.

—Tengo mis gastos, Max. La tecnología no es barata.

—Los dos sabemos que tienes más dinero del que puedes gastar. Y también sabemos que no compras tecnología. Conoces métodos alternativos mucho más rentables para estar a la última.

—*Touché*, jefe. De todas formas tengo que dejarte. Jarrah ha tenido un problemilla con su dentadura impecable y tengo que arreglar esto. Adiós jefe.

—Ten cuidado. Puede que lo hayas reducido, pero Jarrah es peligroso.

Mei desconectó la transmisión y encendió las luces del cuarto. Deseaba por encima de cualquier cosa abrir las cortinas y dejar entrar los sonidos de los pájaros, pero el deber primaba antes que el placer. Sacó un neceser de la maleta. Cualquiera lo habría tomado por una inmensa bolsa de maquillaje. La mayoría de las huéspedes del Four Seasons llevaban una tan grande como esa o más. Solo que la de Mei no contenía cosméticos, sino otra clase de productos químicos.

—Esto termina con todo rastro orgánico, así que asunto resuelto —se dijo en voz alta. No había muchas probabilidades de que Jarrah se hubiera despertado todavía, pero quería que oyera todos los pormenores de lo que iba a ocurrir. El éxito de la misión dependía en buena medida de ello.

—Y después de la pared, vamos a ver cómo nos deshacemos de una vez y para siempre de esa cosa que tenemos en la cama. Parece que los insectos del trópico sí son tan grandes como se dice... Aunque su picadura no sea mortal.

Contra todo pronóstico, cuando Mei se colocó a los pies de la cama, Naveen sí se había despertado. Y mostraba la boca maltrecha en una ensangrentada sonrisa.

—Pagarás por esto, Mei. Pagarás por todo esto.

Capítulo 3

Max se alegró de ver a James, su portero, todavía en su puesto. Era casi la una, y a esa hora el antiguo cabo del Ejército de Su Majestad solía salir a tomar un almuerzo ligero. Por lo que le había contado en varias ocasiones, le gustaba pasear por Hyde Park incluso cuando llovía. Pero no ese día. Ese día se encontraba en su puesto. Cuando Max estuvo lo bastante cerca se dio cuenta de que no se encontraba de buen humor. En absoluto, la arruga que le partía la frente en dos fragmentos casi simétricos se veía más profunda que de costumbre. Algo había turbado la paz de su portero. Vería si podía mejorar el estado de las cosas con un poco de conversación trivial. Max sabía que le caía bien al hombre y también él disfrutaba de la compañía del anciano.

—Buenas tardes, mi cabo.

—No tan buenas, señor Cornell. No tan buenas.

Por lo general James era algo más reservado, así que lo que hubiera sucedido debía de ser grave.

—¿Qué ha ocurrido?

—James resopló.

—Disculpe, señor Cornell, que se lo diga tan claramente, pero a veces no sé en qué país vive usted. Hablan de ellos todos los periódicos y está en la televisión. Y no me diga que no ve la tele, porque me consta que las noticias también se ven en Internet. Que yo no lo use no significa que no conozca su existencia.

Max disimuló una sonrisa. Desde luego, James estaba mucho más enfadado de lo que parecía a simple vista.

—Vivo en Inglaterra, mi cabo, pero no siempre me entero de lo que pasa. Ya sabe que soy...

—¡No me tome el pelo, señor! Puede que sea su portero nada más, pero sé perfectamente cuando se burlan de mí. Es imposible que no sepa lo que está pasando.

—De verdad que si no me da algún detalle, yo no...

—¡St Giles' Cripplegate! Esa iglesia sobrevivió a los dos incendios de Londres, a los bombardeos alemanes, y ahora quieren tirarla. No me diga que no se ha enterado de eso, señor Cornell, porque le perderé el respeto que le tengo, que ambos sabemos que es mucho.

Max conocía el caso. De hecho, lo conocía mucho mejor de lo que le hubiera gustado. Además comprendía perfectamente el punto de vista del anciano. El hombre había combatido en la Segunda Guerra Mundial y había sobrevivido. Lo mismo que aquella bonita iglesia sobre la que se cernía la última fase de una trama urbanística de altos vuelos.

—Ahora sé de lo que habla, mi cabo. Y entiendo su indignación. Se trata de un edificio histórico.

—Se trata de la memoria, señor Cornell. Poco a poco están acabando con quienes somos. No seré yo quien hable mal del progreso. El progreso nos ha traído mejor salud. Si me hubieran disparado hoy en lugar de hace sesenta años, quizá hubiera recuperado mi mano. Y eso es porque avanzamos. Pero... —El hombre sacudió su anciana cabeza en un gesto de desesperación—. Esto no está bien. Destrozan la ciudad. La llenan de rascacielos, destruyen aquello que somos, señor Cornell. Y lograrán que olvidemos que Su Majestad confeccionaba vendas durante la guerra y que esa iglesia es como el espíritu de nuestra nación: sólida. No se puede permitir.

—Estoy de acuerdo, mi cabo. No se puede permitir. Pero es la hora del almuerzo y creo que le vendría bien darse